

los avatares de la formación sociológica

federico garcía posada

Texto del discurso leído en el acto de recepción del doctorado Honoris Causa en Sociología que le fue otorgado por la Universidad Autónoma Latinoamericana en agosto del pasado año.

Debo declarar, antes de todo, mis agradecimientos a la Universidad. Recibo este título como un crédito que se me extiende y me deja en deuda, la cual públicamente reconozco hoy.

No procuraré ser trascendental. Aquí se están condensando los esfuerzos de mucha gente y los míos no son los mayores ni los mejores. De ello tienen la culpa la imperfección de mis actos y no los desganos de la voluntad. Tengo la tendencia a reconocer el protagonismo individual en la vida del arte o la locura y no en la mía, por lo que prefiero pensar este hecho como un ejercicio colectivo que tiene su tiempo y su espacio. Por eso

* El autor, profesor en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, es también profesor de la Facultad de Sociología de UNAULA.

debo situar el punto de partida de mis reflexiones en este campo y el punto de llegada como un retorno.

Hubiera deseado un preámbulo bucólico que me arrullara y me dejara todo el tiempo y la energía disponibles para concentrarme con vistas a este día. Esa es más o menos la mejor idea que nos hemos hecho de la academia: un paisaje soleado y fresco, en donde el aire no sería movido más que por las voces del maestro y el alumno. Pero esa es en definitiva una referencia mítica entre griega y salesiana inconquistable, pues nuestra Universidad Pública ni en las noches puede aspirar a tal silencio atravesada como se mantiene por contradicciones que escapan a su dominio. Por eso, mientras aquí ahora encuentra uno la posibilidad de un descanso, allí más temprano está dominado por sentimientos desoladores de frustración. Son instantes pues donde se combinan lo dulce y lo agrio con más rapidez de la que cualquiera de nosotros quisiera.

Apenas podré iniciar un repaso, el que aspira a llevar más adelante. Veamos:

1. La construcción de una escuela es el proceso de cristalización de un propósito. Tiene vitalidad y ánimo en tanto se mantenga a distancia de la meta o, lo que es mejor, en tanto vaya produciendo a cada paso su objetivo sin dejarlo nunca por terminado. Decir "hemos llegado", es también decir que hasta acá era escuela y en adelante será secta, que hasta hoy se aprendió y en adelante solo se enseñará. No podemos aún afirmar que hayamos construido un saber nuevo y a lo mejor nunca lo podremos afirmar. Es cierto, sin embargo, que nos mantenemos en un punto: una relación específica con el saber, despojada de toda vinculación disciplinaria que no esté a su vez dominada por las variaciones de ese saber. Pero es que, además, la existencia de una escuela no es tan fácil de declarar cuando existen pocos o ningún término de comparación. Hasta hace unos años tenía alguna eficacia para efectos de clasificación en uno u otro bando académico la adscripción a veces voluntaria pero casi siempre forzosa a la línea francesa, a la norteamericana o a la alemana. Antes el corte era mucho más brusco, pedestre, pues sometía a nuestra siempre incipiente comunidad académica al dualismo entre primitivo y teológico de lo diestro y lo siniestro y apenas si había una débil franja situada para esos años en el purgatorio estructuralista, aún cuando en esencia tampoco fuera esto último, pues allí estaban asociados en las costumbres curriculares los agentes de discursos en realidad subversivos de esa división del mundo, tan ingenua como el soldado ruso mostrado por John Reed que no se cansaba de repetir la cosmogónica visión integrada por dos mitades opuestas: idealismo y materialismo. Solo que la de éste incendió el alma de una nación y aquella, la nuestra, algunas cosas menores.

Pero decía que esa franja contribuyó a disolver la representación dominante del espacio universitario, no tanto porque cada uno de sus lugares estuviera ocupado por un hombre —pues había cierta ubicuidad, para unos más fruto de la circunspección, para otros más de la presión moral, para algunos, en fin de un calculado fatalismo— no porque cada lugar, decía, estuviera ocupado por un hombre, cuanto por ser ese espacio la única alternativa posible para ejercer la militancia del espíritu. Dos distintos procedimientos se pusieron entonces en práctica para adelantar ese programa de disolución: Ascéticos y parabólicos. La ascética consistió en una especie de alejamiento de las disputas y en la construcción si-

multánea de pequeñas ermitas dispersas en ese campo: hubo entonces lugar para la poesía sin pretensiones panfletarias. Para la crítica literaria y la literatura misma; de pronto retornaron los nombres proscritos de Max Weber, Rousseau y Durkheim y la lectura un tanto medieval de Marx, reconocámoslo, pues consistía en rumiarlo. Era algo así como una sustracción de cargas y su utilización en tareas diferentes, escurriéndole el bulto a lo que se consideraba por unanimidad como el orden del día. De la eficacia del procedimiento dan prueba los ataques a esos intentos, con el argumento de que eso era enajenación. Eficacia, porque si hubiera sido inocuo, ninguna preocupación debería haber suscitado. Es decir, había el intento contrario por recuperar esas cargas en tránsito. La parábola, por su parte, era un examen comparado de las prácticas y los decires a la luz de saberes que de no haber sido por el empleo preferencial que de ellos se hizo, bien podrían haberse movido en el terreno de la ascesis. Me refiero particularmente al Psicoanálisis, la Etnología y la Historia, aunque bien se pudiera incluir acá a la epistemología pero ya no como historia reconstruida sino como ejercicio del cual segregaba una ética del conocimiento. La parábola era un modo de contar las cosas de esos días, sin alusión directa al fenómeno, pero presentando materiales del campo de la religión, la psicosis, la magia o civilizaciones pasadas, desmontando los resortes míticos e inconcientes capaces de aglutinar en torno suyo las energías, que por esta vía pasaban al purgatorio.

Así pues, mientras la ascesis arrebatava cargas, la parábola los dejaba sin objeto.

Digo de dos procedimientos estratégicos y no meras actitudes, porque se inscribían en un programa pedagógico. No estaban ahí puestos desde el principio sino que fueron tomando forma mientras se operaba un proceso paralelo de construcción de hilos que iban tejiendo la identidad de un cuerpo docente capaz de reproducirse, y por eso hablo de pedagogía por cooptación: no eran palabras asustadas y solas pues hubo oídos, esto es alumnos, que enriquecieron el proyecto. Al fin y al cabo a ellos iba dirigido casi todo. Quiero decir pues que acá las cosas no se fueron produciendo por un reacomodo "natural" de la gente a los nuevos tiempos mediante presiones externas, ni mediante el empleo de purgas o cruzadas de pacificación como debieron vivirlos otros centros; hubo persistencia.

Si he hecho este recuento, es para señalar la particularidad de este proceso, no para demostrar la existencia de una escuela, sino como hay esa, entre otras rutas, para formarla. Es decir, se trata de objetivar esa experiencia para producir términos de comparación. Hay que hacerlo ante la sorprendente ausencia de una meditación continua sobre la academia en Colombia. Que recuerde, en 20 años ha habido pocas expresiones que generaran la polémica y la reflexión —de una de las mejores tenemos aquí a uno de sus autores— pero no por lo insistente y lo reiterativo —que eso es abundante— sino por lo novedoso. De resto hemos estado sometidos al bombardeo de dogmáticos y doctrinantes sobre la Universidad. Enorme contraste con otros tiempos que nos están devolviendo los historiadores de la Escuela.

Se ha echado mano de algunas figuras religiosas para ilustrar el proceso, porque ellas tienen la particularidad de suscitar con claridad el sentido en un país donde el inconciente no está estructurado a secas como un lenguaje, sino como el catecismo del padre Astete y en donde la práctica del libre examen, cuando se intenta, se ve interrumpida al día siguiente por el arrepentimiento.

2. Así, mal que bien y por maltrecho que haya salido, el propósito parece estar andando. Se ha ido acuñando una acepción del trabajo, que muy a la carrera podría sintetizarse con su siguiente definición comprensiva:

Ella, la Sociología, es una práctica continua del pensamiento que trata de ganarle tiempo al más veloz flujo de los acontecimientos reales ingeniándose anticipaciones o tan solo abandonando la desigual competencia para construir aparte un mundo adonde se reconstruye el sentido global o la forma de los acontecimientos, tratando de capturar en la idealidad totalizadora de la estructura o de la mentalidad para que en una u otra quede sumergida virtualmente toda la sucesión de los instantes que construyen la realidad, aspirando incluso a veces a dar cuenta de las pulsaciones sociales más complejas —ciclos económicos, eras o civilizaciones— o las más simples como podrían ser los ciclos del movimiento individual en el habla o en la percepción. En ambos casos, arsena-

les matemáticos trataron de abarcar los dos polos del campo social, ya mediante procedimientos estadísticos que permitieran descubrir complicados espectros o fenómenos de masa, ya con el empleo de la microscopía social para desmontar la máquina en sus elementos más simples.

De esa búsqueda de regularidades se ha ido llegando al otro lado: la descripción y la suma de las irregularidades que conforman aquellas, acortando entonces las distancias entre los dos enfoques. Es decir, si alguna vez esa bipolaridad en el mundo del conocimiento entre lo colectivo y lo individual, lo social y lo humano tuvo eficacia, la tuvo no por haber dejado de una vez las cosas en su punto, cuanto por haber abierto un abismo que apenas si se intentó obviar con la división académica de las ciencias sociales y las humanas. Ese abismo que siempre estuvo ahí abierto para el asombro de las inteligencias más lúcidas y el espíritu investigativo, se presenta hoy como el campo experimental de más riqueza en potencia. Algo hay de eso condensado en la intuición del Rizoma, y mucho encubierto bajo los nombres de integracionismo, sinérgica o teoría de catástrofes. Ahorrándonos juicios de valor, deberemos reconocer en estas cosas tal vez no respuestas satisfactorias pero sí de todos modos un planteamiento productivo del problema.

Pero no he podido más que esbozar. Por eso suplamos por hoy recordando lo que hace casi diez años en el primer número de la Revista Sociología escribiéramos a varias manos:

"la historia de la Facultad de Sociología —una pequeña historia se dirá— ha estado agitada siempre por una tendencia dominante que en su desarrollo ha apuntado a esto último: buscar... ha sido un andar zigzagueante... una cierta originalidad, un propósito experimental, un espacio abierto para las concepciones que asumimos como las más desarrolladas del pensamiento occidental. Espacio o tribuna o cátedra, el solo presentir la capacidad de un discurso para mirar desde el fondo los saberes adoptados como verdaderos de oficio, hizo que esos discursos tomaran la palabra o al menos alguien lo intentara por ellos".